

## El pintoresco relato del viaje por España de Madame de Suberwick

María Luisa Burguera Nadal  
(Universidad de Castellón)

### Resumen

En nuestro estudio proponemos el análisis de un texto no muy conocido e interesante por muchos aspectos, pero sobre todo por su vinculación con la cultura popular ya que es un relato de un viaje que incluye referencias a los lugares que la viajera va atravesando, a las leyendas, a los hechos históricos y a detalles de la indumentaria o de la gastronomía. Se trata del aún sin traducir al castellano *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale* (*La España pintoresca, artística y monumental*), que es un relato de un viaje por la España romántica y que aparece en París, en 1848 con los nombres como autores de M. de Cuendias y V. de Féreal, pseudónimo de Madame de Suberwick. Parece ser que esta dama realizó su viaje con indumentaria masculina. Su interés fue el de rectificar los errores cometidos por los viajeros románticos franceses, por lo que la obra constituye una apología de las costumbres españolas en la que se establece una clara diferencia entre las diversas regiones de la península. Como es conocido, la primera gran crisis de la modernidad que se produce a finales del siglo XVIII y principios del XIX da origen al Romanticismo. Y, sin duda, el Romanticismo repercute en el cambio que se produce en el concepto de la mujer en su inicio y a lo largo del siglo XIX. Entre las conquistas que tienen lugar a partir de ese momento se encuentra el hecho de que se inaugura como viajera y, en muchos casos, como escritora de esos relatos que realiza. Por otra parte, como lugar del ensueño romántico aparece España ante los ojos de Europa, de modo que va a haber muchas viajeras por la España romántica. Y este estudio hará referencia a una interesante y misteriosa dama viajera.

En nuestro estudio proponemos el análisis de un texto no muy conocido e interesante por muchos aspectos, pero sobre todo por su vinculación con la cultura popular, ya que es un relato de un viaje que incluye referencias tanto a los lugares como a las leyendas, a los hechos históricos, a la indumentaria o a la gastronomía. Se trata del aún sin traducir al castellano *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale* (*La España pintoresca, artística y monumental*), que es un relato de un viaje por la España romántica y que aparece en París, en 1848 con los nombres como autores de M. de Cuendias y V. de Féreal, con ilustraciones de Célestin Nanteuil. Muchos críticos opinan que el libro fue fruto de la colaboración entre Manuel Galo de Cuendias, de nacionalidad española y exiliado en Francia por sus ideas liberales, y Victor de Féreal, pseudónimo con el que viajaba y publicaba la misteriosa Mme. de Suberwick (Echeverría 1995: 96). Pero según explica el *Catalogue général de la librairie française* de Otto Lorenz, en el tomo segundo (Lorenz 1967: 299), el ilustrador Célestin Nanteuil fue quien utilizó el pseudónimo de Madame de Suberwick, si bien no termina todo ahí pues parece ser que, según recientes averiguaciones, la tal Madame de Suberwick fue un pseudónimo vinculado con Cuendias, pero colectivo.

Dado que la autoría supondría ya un minucioso y detenido estudio, valga por nuestra parte apuntar que es un tema envuelto sin duda por la interrogación y el misterio.

Nos detendremos en primer lugar muy brevemente en los relatos de viajes por la España del siglo XIX. Como es conocido, la primera gran crisis de la modernidad que se produce a finales del siglo XVIII y principios del XIX da origen al Romanticismo. Nace al mismo tiempo un nuevo concepto de España, el país romántico por excelencia: individualismo, indomabilidad, barbarie, primitivismo, dignidad, sobriedad y orgullo. Las causas de este brusco cambio de imagen son múltiples y complejas. En primer lugar, a raíz de la guerra de la Independencia, España aparece ante los ojos de Europa como el país que se levanta de forma espontánea contra el todopoderoso invasor. Por otra parte en ningún otro lugar como en España es fácil encontrar las exóticas reminiscencias árabes que tanto gustaban a los románticos. Y, por último, el orgullo y la hidalguía de los españoles terminan de perfilar ese cuadro ideal de la España romántica. Así pues en el siglo XIX hay una curiosidad inusitada por conocer de cerca a España. Podríamos decir que en el siglo XIX España es el país en verso de un continente en prosa.<sup>1</sup>

Pero ¿qué era lo que pretendían esos relatos de viajes? Desde luego no querían ofrecer una guía turística. Deseaban proponer su visión de España y también y, en otros casos, divertir. Hasta el siglo XVIII informaban sobre un país que era una gran potencia, adversario de Francia hasta que llega a aliarse con esta nación a partir de la dinastía borbónica. Describen en sus obras las instituciones y la sociedad española. Durante el siglo XVIII el viajero pretende observar la señal de progreso. En el siglo XIX y en la primera década los relatos se refieren a una contienda atroz que sucede en una España salvaje, indómita y guerrera. Será a partir de la segunda década del siglo XIX cuando el viajero se dedique a sorprender y a tratar de describir una España original, de costumbres insólitas, llena de exotismo y seducción. Se puede afirmar por lo tanto que España aparece como lugar del ensueño romántico ante los ojos de Europa, de modo que va a haber muchos viajeros por la España romántica y en consecuencia muchos relatos de viajeros y también de viajeras.<sup>2</sup>

Pero fijémonos en nuestro relato. En la Introducción afirma el autor, o la autora, del texto que España no está adornada con los encantos de la voluptuosa Italia. Prueba de ello es que en muchos lugares ofrece “un aspecto sombrío, grave, melancólico, pero siempre

---

<sup>1</sup> A este propósito, ver las bibliografías sobre la literatura de viajes por España de Raymond Foulché-Desbosc y de Arturo Farinelli citadas en la Bibliografía.

<sup>2</sup> Ver Burguera, M. L., Introducción a *Paseos por España* de J. de Brinckmann, citado en la Bibliografía.

grandioso” (Cuendias 1848: 2).<sup>3</sup> España, ante sus ojos, es una serie de inmensas llanuras, desiertas y solitarias, pero, a pesar de esa soledad y esa aridez, España es una hermosa tierra. Esa fisonomía de España en su paisaje se corresponde con la de sus habitantes: “Hay que haber visto el país para apreciar al orgulloso, al valiente, al sobrio español y a su soberbio desprecio por todo lo que es bajo o mezquino, a la calma con la que desafía las mayores desgracias y el desprecio que le inspiran los seres cobardes o afeminados” (Cuendias 1848: 3). La sencillez y la severidad son los rasgos de ese paisaje, de una tierra única cuya desnudez y extensión le parecen un sueño.

Pero el viajero en este país está sujeto a peligros; de ahí que los arrieros vayan provistos de armas: un puñal, una escopeta, un trabuco y que tengan que reunirse en caravanas para atravesar las sierras. Después de cruzar la Sierra de Ronda o Sierra Nevada, aparecen con frecuencia torres que se yerguen en las cimas de los montes, testigos de grandes hazañas de otros tiempos y ahora refugio de las aves. Los senderos se encuentran a veces entre profundos precipicios, que solo los contrabandistas se atreven a cruzar. En ocasiones el viajero se encuentra con montículos de piedra coronados por una cruz, recuerdo de terribles asesinatos cometidos por algún salteador de caminos. Otras veces se encuentra con las dehesas, llenas de toros indómitos y salvajes, lo que constituye un asombroso espectáculo. Las gentes de los pueblos poseen unos rostros que recuerdan a los árabes; también sus costumbres los recuerdan, pues gustan de reunirse a las puertas de los cortijos para contar historias maravillosas con esa afición por lo fabuloso propia de los orientales: “Oyéndolos, afirma, uno se queda embelesado y trasportado a un país fantástico en el que la vida no es más que una ilusión continua” (Cuendias 1848: 5).

En esta tierra, para el autor primitiva, el arte tiene sin embargo el derecho de enorgullecerse: cuántos hombres geniales, pintores sublimes, escritores llenos de originalidad. No duda en afirmar con insistencia que lo distintivo de España es lo grandioso. “Sin embargo, esta nación que se ha juzgado tan mal es un problema para el resto de Europa. Y nosotros nos hemos empeñado en resolverlo. Mostrar a la luz, en el pasado y en el presente a este país y a su pueblo todavía incomprendido, esa es la meta de este libro” (Cuendias 1848: 6). Y de ese modo invita al lector a que lo siga de manera que recorra el país provincia por provincia, comarca por comarca, con aspectos diferentes, poblaciones diversas en sus costumbres, en su indumentaria, pero todas unidas en algo en común: la lealtad y el patriotismo. “El que nos siga, afirma, cuando haya conocido a España y a los españoles, convendrá con nosotros que,

---

<sup>3</sup> Las traducciones del texto son de la autora del artículo.

en sus alrededores, sombríos y graves, con ese aspecto melancólico que la rodea, España ofrece siempre y en todos los lugares algo de nobleza y de grandeza” (Cuendias 1848: 7).

Comienza el capítulo I por Cantabria y se detiene describiendo a las remeras del Bidasoa, una curiosa república femenina. Después de la cena, su primera noche en España, todos esperarán la hora del amor el “gran asunto de todos los españoles” (Cuendias 1848: 14). De la ciudad de San Sebastián afirma que está llena de esa ruda poesía que caracteriza a España entera. Percibe el elegante y afable trato de sus habitantes, ocasionado por la relación con los grandes señores que acuden a tomar los baños de mar y cita el viaje por España del barón Taylor.<sup>4</sup> Alude a que el viaje lo realiza a caballo antes de llegar a Bilbao, ciudad que alaba por su limpieza y su actividad comercial. A propósito del paseo que hay en Vitoria, menciona que es éste un lugar obligado de reunión pues los españoles son más comunicativos que nosotros; dice “que caminamos en el aislamiento, que vivimos para nosotros solos, siempre rodeados de una doble barrera de egoísmo y de circunspección” (Cuendias 1848: 36). Sin embargo se muestra algo irónico cuando afirma que sus temas de conversación son verdaderamente banales. Describe luego un “sorcico” (sic) y afirma que las danzas españolas son un “delicioso entreacto en esta tragicomedia de la existencia civilizada” (Cuendias 1848: 38). Y habla de los vascos como de seres “generosos, hospitalarios, valientes e industriosos” (Cuendias 1848: 46).

En el capítulo II señala que toma una diligencia para entrar en tierras de Santander; su primer encuentro es con unos pasiegos, a quienes describe con minuciosidad, al igual que a los maragatos que halla en Laredo, si bien a éstos últimos los trata muy irónicamente. Cita a Gautier y a sus “Vacances en Espagne” (sic).<sup>5</sup> Se refiere luego a Don Pelayo y a la batalla de Covadonga y ello le da pie para ensalzar los tiempos heroicos y piadosos frente al siglo XIX en el que, según dice, es evidente que triunfa el dinero. Cita a Alexandre Dumas,<sup>6</sup> describe la comida del mesón muy irónicamente, como es común en todos los relatos de viajeros franceses. No solo es irónico con los españoles sino también con los franceses ya que afirma que los asturianos, aquellos seres caballerescos por excelencia cuyos padres fueron los fundadores de España, son hoy gentes muy ordinarias, “vulgares tal como se los encontraría en las calles de París” (Cuendias 1848: 82). En España el pueblo trabajador, obrero, no ha degenerado, no ha sido suficientemente rico como para pagar la degradación de su corazón, el

---

<sup>4</sup> Se refiere a *Voyage pittoresque en Espagne*, del barón Isidore-Justin Taylor, que se comenzó a publicar en 1826; el libro consistía en estampas grabadas a partir de sus propios dibujos de escenas, monumentos y costumbres españolas, con comentarios explicativos.

<sup>5</sup> El libro de Gautier se tituló en su primera versión *Tras los montes* y posteriormente *Voyage en Espagne* (1843).

<sup>6</sup> Se refiere a Alexandre Dumas (1802-1870), autor del relato de viajes *De París a Cádiz* (1847).

envilecimiento de su alma. Es hoy lo que fue en otro tiempo: “sobrio, tranquilo, bueno, activo, dedicado a sus trabajos de hombre, de cristiano y de español” (Cuendias 1848: 82). Observa que las mujeres de las ciudades siguen las modas francesas o inglesas, de modo que los tipos tradicionales están desapareciendo excepto en el interior “donde la civilización no ha introducido sus beneficios ni sus vicios” (Cuendias 1848: 90). En su viaje por tierras gallegas recordará la historia de Santiago y cita como fuentes históricas a Florez, el padre Mariana, Medina, Calixto III y Leon III.

El capítulo III está dedicado a Castilla la Vieja y comienza haciendo un resumen de la historia del reino de León. Se detiene en una reflexión en torno al arte y a la religiosidad en su visita a la catedral de Valladolid: “En el interior, se encuentra en todos los lugares esa altiva y majestuosa poesía de las cosas del cielo y del arte elevada hasta lo sublime que es una inspiración divina” (Cuendias 1848: 101). Describe muy críticamente a dos caballeros que pretenden estar a la moda y que utilizan un lenguaje en el que mezclan palabras francesas e inglesas en su conversación con unas damas a quienes sucede lo mismo. No se sirven de la lengua nacional y “adoptan maneras del falansterio”, afirma a modo de crítica. Se refiere luego a un auto de fe, el que tuvo lugar en Valladolid en 1559 y cuando llega a Burgos, hoy, dice, una ciudad triste, incluye el romance de Don Rodrigo Díaz de Vivar, primero en castellano y luego traducido al francés. Insiste en que lo que importa de la historia del Cid es que se sabe que es un héroe nacional y se tiene conciencia de ello.

Hace referencia a continuación a los expolios cometidos por los franceses durante la guerra de la Independencia y alude al carácter de los castellanos para vengar una injuria o reclamar un derecho, prueba de ello es lo sucedido en muchos lugares en la guerra de la Independencia o lo acontecido con el rey Enrique en Ávila en 1464, hecho en el que se puso de manifiesto tanto la audacia como la energía, la entereza de los españoles. Como ha prometido historias de brujas y de milagros, incluye lo sucedido en Logroño en 1610, y también la historia de San Prudencio, siempre con una visión humorística. Cuando llega a Segovia, nos cuenta la divertida leyenda sobre la construcción del acueducto. Y a propósito de su visita a La Granja, alaba a Felipe V y a Carlos III.

El Capítulo V está dedicado a Castilla la Nueva y en él, y a propósito de El Escorial, aprovecha la circunstancia para arremeter contra Felipe II; no obstante considera el monasterio como “uno de los más notables monumentos que existen” (Cuendias 1848: 149). Ve la capital de España como panorama en el que cada pueblo de España conserva su individualidad y aporta una curiosa etimología de la palabra Madrid. Cita a M. Quinet y lo contradice pues éste afirma que Felipe II construyó Madrid en un desierto, pero apunta que lo

que sucede es que cuando se fundó estaba rodeado de bosques. La obra de Quinet es según señala *L'Ultramontanisme* (1844).<sup>7</sup> Aun así, afirma que Madrid es una hermosa ciudad de 300.000 habitantes y nos relata su historia. A propósito de la Puerta del Sol, describe a los personajes tipo del teatro español: el galán, el barba, el gracioso, y también a otros personajes típicos: los ciegos, los portadores de agua. Se detiene luego en los mendigos, de los que afirma que son tan numerosos y variados que lo divide en cuatro categorías: el *coscón* o soldado mal recompensado, el *Dios término*, la santurrona y el mendigo heredero. Además está el pobre vergonzante. Los va describiendo uno a uno con una gran ironía y sentido del humor. Insiste en que el verdadero mendigo es el que hereda el oficio y afirma que es éste un gran filósofo, un gran comediante, un gran humanista, un gran político y sobre todo un buen cristiano.

Era inevitable la referencia a la guerra de la Independencia y menciona los sucesos del dos de mayo de 1808 en los que 6.000 españoles fueron cobardemente asesinados. Reconoce la sabiduría de los clérigos y no se muestra tan anticlerical cuando afirma que no hace mucho más de unos treinta años que “cada monasterio era un museo, una biblioteca, rica en miles de valiosos volúmenes e innumerables manuscritos; entonces los monjes eran grandes señores...”; incluso entre los “piadosos holgazanes” ha habido grandes sabios y pensadores profundos. Más adelante se refiere a Santa María la Mayor, la parroquia en la que uno de los que realizan el viaje ha sido bautizado. Era lógico que se detuviera en el Museo del Prado. De Velázquez afirma que es “el único pintor que ha sabido encontrar el arte de la realidad” (Cuendias 1848: 187).

Y también era inevitable que nos hablara de las corridas de toros y lo hace magníficamente, ya que se refiere no solo a la historia de la tauromaquia sino que describe minuciosamente una corrida a la vez que explica profusamente el léxico taurino. En suma, habla bien de la fiesta y afirma que es mal comprendida por los extranjeros. Incluso la califica como “duelo caballeresco”, “lleno de sombría poesía” (Cuendias 1848: 208), en el que el hombre podría ser el más fuerte si le estuviese permitido actuar sin reglas. Cita de nuevo a Alexandre Dumas.<sup>8</sup> Y defiende a España, la primera que comenzó la obra de civilización en Europa. Y curiosamente a continuación se refiere a él mismo como exiliado de España.

Conocedor del teatro español resulta curioso que rechace los autos sacramentales y que hable de *La Celestina* como de un drama “no racional”. Por otra parte le resulta extraña y digna de mención la Cofradía del pecado mortal, formada y mantenida por aristócratas que

---

<sup>7</sup> Edgar Quinet relataría en *Mes vacances en Espagne* (1857) su estancia en España entre 1843-44.

sostienen casas de acogimiento. Ello le lleva a afirmar que España no es tan bárbara como se piensa generalmente. Asiste a una ejecución en la plaza de la Cebada y a este propósito alaba a los Hermanos de la Paz y la Caridad, que acompañan al ajusticiado y piden limosnas para celebrar misas por su alma. Hace a continuación una reflexión sobre el bien y el mal; llegará un momento en el que el bien triunfe. “España es ignorante pero no está corrompida, afirma” (Cuendias 1848: 243). En la descripción que hace de los “manolos” aconseja no creer a los escritores que han visto España con ojos de extranjero, admirando o desdeñando pero sin comprender y con muchos prejuicios. Respecto a los eclesiásticos españoles, afirma que cuando no están en el altar, son hombres, no son hipócritas, asisten a las tertulias, a los bailes, fuman... Unas tertulias que no se parecen a las *soirées* parisinas, llenas de lujo y etiqueta.

Al comienzo del capítulo IV afirma que antes de salir de Madrid, quiere definir a los madrileños, al pueblo de la capital. El madrileño es siempre oportuno en sus expresiones, elegante en las formas que emplea, su conversación está llena de encanto y su estilo en el lenguaje lleno de vivacidad (Cuendias 1848: 260). Pueden ser alegres y ligeros pero también graves y profundos. Las madrileñas son graciosas y las mujeres “les plus aimantes de toute l’Europe” (Cuendias 1848: 260). En cuanto al pueblo bajo es ignorante pero no estúpido, es grosero, pero al mismo tiempo caballeresco. Su encuentro con un vendedor de bulas, le sirve para hacer una crítica muy irónica de este oficio. Cuando llega a Aranjuez se refiere a Carlos IV, a quien critica, y a Manuel Godoy, a quien califica como un hidalgo extremeño favorecido por la reina que cometió el error de querer regenerar a España. Cita el *Voyage en Espagne* de Antonio Perez.<sup>9</sup>

De Toledo se puede afirmar lo mismo que dijo de España Lope de Vega: “Ayer maravilla fui, hoy sombra mía no soy”; ello le sirve para reflexionar sobre la pasada grandeza de nuestra patria frente a los tiempos actuales: “Pero, afirma, la España de Carlos V no está dormida... llegará un día en el que regenerada por ese largo reposo, orgullosa y poeta, sabia y filósofa, instruida por tantas desgracias, saldrá radiante de sus cenizas... ¡Dios es grande y el hombre fuerte hace tantos prodigios!” (Cuendias 1848: 279) Pero no hemos venido, afirma, como historiadores sino como “ciceroni” para indicaros algunas de las riquezas artísticas y para esbozar a grandes rasgos las costumbres de sus habitantes. Se refiere luego a los grabados de la España monumental de Ville-Amil (sic).<sup>10</sup> La visita a Toledo le da pie para contar hermosas leyendas: la de Galiana, la del taller del moro. Antes de describir la catedral

---

<sup>8</sup> Podría hacer referencia al libro de Alexandre Dumas, *De Paris à Cadix* (1847).

<sup>9</sup> Se refiere al *Viage de España, o Cartas en que se da noticia de las cosas mas apreciables y dignas de saberse, que hay en ella*, Ibarra impresor, Madrid, 1772-1794, 18 volúmenes y cuyo autor fue Antonio Ponz (1725-1792).

se refiere a la libertad que tanto defendieron los primeros cristianos en el “sublime código evangélico” (Cuendias 1848: 294). Pero Toledo “no es hoy más que la sombra de un sublime y grandioso pasado” (Cuendias 1848: 304).

Soledad, silencio, abandono, bajo un cielo azul, un sol deslumbrador, eso es la Mancha. En el camino se tropieza con unos bandoleros que los tratan muy bien y cuyo jefe les relata su historia, la vida de un liberal perseguido y condenado a muerte pero que escapa y no tiene otra salida más que hacerse bandolero.

El capítulo siguiente, el V, comienza con el paso de Sierra Morena para llegar a Andalucía, la tierra de Dios, como la llaman los andaluces. “Debemos confesar, anuncia, que todo lo que hemos visto en relación a Andalucía es la prosa de un folletón parisino comparado con la poesía de Dante” (Cuendias 1848: 316). Andalucía pues le deslumbra. Alaba a los árabes si bien reconoce que comenzaban por destruir todo en sus conquistas. Aun así, habla de Abderramán como de “galante caballero, gran guerrero y político profundo” (Cuendias 1848: 335). Córdoba sería “una ciudad triste sin el carácter de sus habitantes. El andaluz en general es un epicúreo perfecto ya que “no sabe más que gozar de la vida”” (Cuendias 1848: 335). Nombra Alcalá de Guadaíra, Carmona, parajes en los que están los célebres bandidos cuyas vidas son una leyenda caballeresca; si hubieran nacido nobles, hubieran sido héroes. Le parece que los bandidos españoles, a diferencia de los otros países son bandidos “por amor al arte”. Explica muy graciosamente lo que significa la palabra *cachucha* y describe profusamente la Catedral de Sevilla, el Alcázar, Triana.

Por Ronda llega hasta Granada. Y nombra el Arco de las orejas, llamado así porque les cortaban las orejas a los moros culpables de un delito político. Afirma que si se siguiera la misma costumbre en Francia “¡cuántos temblarían por la suerte de su orejas!” (Cuendias 1848: 356). Los granadinos son dulces, melancólicos y las mujeres, muy bellas; Lord Byron tenía razón cuando afirmaba que era ésta la tierra de la belleza<sup>11</sup> (Cuendias 1848: 358). A propósito de las estancias granadinas hace una interesante reflexión sobre el arte: “el arte, esa eterna y sublime cosa que es patrimonio de tiempos pasados y no es tanto en los tiempos actuales, tiempo en el que todo son imitaciones” (Cuendias 1848: 358). Y ello le lleva a hablar del alma: “Esa cosa invisible para el vulgo, visible par las inteligencias de élite, impalpable, fugitiva, viva, real, pero solo para sus iguales” (Cuendias 1848: 358). La Alhambra es vista como la estancia de los sueños, de los gnomos... Y cita a Chateaubriand<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup> Se refiere a Jenaro Pérez de Villaamil (1807-1854), pintor romántico español, especializado en paisajes.

<sup>11</sup> Se refiere al poema de Lord Byron (1788-1824) *The Siege and Conquest of Alhama*.

<sup>12</sup> Probablemente se refiere a *Les Aventures du dernier Abencérage* (1826) de R. de Chateaubriand.



(Cuendias 1848: 360). Todo ello le lleva a hacer una reflexión sobre el mundo actual, inmenso caos de sensaciones y pensamientos, sin esperanzas pero llegará el día, afirma de la “regeneración universal” (Cuendias 1848: 361). Después de describir el Generalife afirma “¡nuestra España es tan rica en poesía y en historia!” (Cuendias 1848: 361). Y termina su visita a Andalucía con cierta tristeza: “Paraíso de España, ¿por qué es necesario que te dejemos tan pronto?” (Cuendias 1848: 362).

En el capítulo VI llega a Murcia, “Edén de Europa” (Cuendias 1848: 364) y luego a Valencia: “¡qué poderosa fecundidad!” (Cuendias 1848: 366) y la califica como “ciudad deliciosa por su situación, por su clima, por la belleza de su habitantes” (Cuendias 1848: 369). A propósito de la festividad de San Vicente Ferrer, menciona los altares del santo en los que se representan los milagros y explica por qué a los españoles les gustan tanto las procesiones: aman la pompa, la grandeza y una procesión es un espectáculo en el que ven cosas hermosas. El español ama a Dios, pero no le teme, cree en Él pero sin hipocresía. Ama el placer y la diversión más que cualquier otro pueblo del mundo.

En el último capítulo, el VII, llega a Cataluña por San Carlos y Hospitalet y pronto se da cuenta de que el paisaje y el carácter ya no es el mismo. El vigor y el movimiento de los catalanes han remplazado a la poesía y a la dulzura de los valencianos y andaluces. Barcelona es descrita como la rival de Madrid, pero también de París, de todas las grandes ciudades de los países industriales y comerciantes: “El dinero, afirma, ¡he ahí el verdadero dios del catalán!” (Cuendias 1848: 383), lo que le sirve para reprocharle cierto materialismo. Y, dice, “¡es tan bella la poesía cuando anima a toda una nación!” (Cuendias 1848: 384).

Después de referirse a la historia de la Virgen de Montserrat, se despide de Cataluña y entra en Aragón, a su entender un desierto habitado por hombres de gran temperamento y mujeres de belleza suprema. Ensalza el patriotismo de los aragoneses y su heroico comportamiento en la guerra de la Independencia. Explica el origen y la historia de la figura del Justicia Mayor y describe a Zaragoza como la más triste, la más solitaria de las ciudades de España a pesar de su antiguo esplendor. El aragonés “sabe perdonar un crimen, un error, pero no una bajeza” (Cuendias 1848: 390).

Pero es la hora del regreso: “Regresamos a París, esa ciudad de desorden y confusión; a falta de felicidad, encontraremos en ella al menos, ruido y movimiento” (Cuendias 1848: 390). A las Baleares las califica como Edén encantador pero sumido en la miseria, el abandono y la injusticia preparado para caer en manos de los ingleses, Con una breve mención a Navarra, sumida también en la penuria, la guerra y la falta de gobierno que diezman el país, termina con “Le Portillon”, una exhortación a Francia y a España, hermanas

de alianza, a que se encaminen hacia la regeneración.

El relato se incluye en el subgénero del relato de viajes romántico por la España del siglo XIX con unas características muy definidas; por una parte se observa una progresiva visión de acercamiento a la cultura española, a sus costumbres, a sus valores y creencias. Esa aproximación no implica sin embargo una interiorización, una subjetivación como se observa en otros relatos románticos de viajes; siempre habrá un distanciamiento, si bien lo que desaparece también progresivamente es el matiz irónico, el comentario displicente, incluso sarcástico. Se diría que existe una verdadera admiración por lo español, lo que se manifiesta especialmente en la valoración que hace sobre los hechos de la guerra de la Independencia. En esa progresión hacia lo español hay un punto de inflexión que se inicia con la visión de Toledo y que alcanzará su punto máximo, nada más atravesar Sierra Morena, con la visión y percepción de Andalucía. Por otra parte, en cuanto a la originalidad del relato radica éste sin duda en la inclusión de todo lo que implique tradición popular; las leyendas, las costumbres, la literatura de raíz popular se imbrica en el relato de modo natural y forma parte fundamental de la textura narrativa del mismo.

Su interés manifiesto como hemos visto fue el de rectificar los errores cometidos por los viajeros románticos franceses, por lo que la obra constituye una apología de las costumbres españolas en la que se establece una clara diferencia entre las diversas regiones de la península.

Se advierte igualmente el deseo de una visión utópica universal en cierto modo contradictoria, pues si bien se apoyaría en el anticlericalismo, existen evidentes muestras de admiración tanto por la labor de los clérigos en lo que respecta a la conservación de la cultura española, como por su falta de hipocresía social a la hora de manifestarse como seres humanos, como hombres. Por otra parte ese deseo de futuro feliz, de regeneración, se muestra a los ojos del lector como algo en cierto modo postizo y forzado; en suma posee mucha más fuerza lo descrito en el relato que ese deseo utópico con el que se cierra el libro.

Y bien, añadiremos que durante el siglo XX, olvidadas las severas miradas de los ilustrados y los ardores del romanticismo, aparece un tipo de viajero que se acerca a España con una curiosidad distinta, cargada en muchas ocasiones de preocupaciones intelectuales por conocer más profundamente a nuestro país y desentrañar las paradojas del carácter español. Desde mediados de siglo XX España comenzó a ser visitada por los extranjeros como no lo había sido hasta entonces. En la mayoría de las ocasiones se trata de breves estancias que solo permiten relaciones superficiales, pero en algunos casos el extranjero se detiene e incluso se queda en estas tierras y habría que decir que en sus preferencias pocas cosas han cambiado; es

la España de siempre la que les atrae. James A. Michener (1968) escribía que estaba convencido desde hace mucho tiempo de que cualquiera que se interese por el aspecto místico o romántico de la vida acaba, tarde o temprano, por formular su punto de vista sobre España, porque de la misma manera que esta formidable península se adentra físicamente en el Atlántico y se mantiene aislada, el concepto de España penetra en la imaginación filosóficamente creando afectos o planteando cuestiones distintas a las evocadas por otras naciones. Tal vez la sorprendente vivacidad del fondo de creencias español, que ha perdurado frente a las ideologías y sin duda ha ocasionado en la cultura española formas de gran originalidad y atractivo, ha constituido el factor fundamental de atracción sobre lo español. Creo que solo en la reflexión y en la búsqueda de nuestras propias señas de identidad, las españolas, nos encontraremos a nosotros mismos. No habría que olvidar que el mundo para el cual el estilo español es afirmación de lo individual en el triunfo y en la tragedia no puede sino perder un gran valor al hacerse España menos española.

### Referencias bibliográficas

- BENASSAR, B. y L. BENNASAR 1998. *Le voyage en Espagne*. París: Laffont.
- BURGUERA, M. L. 2001. Edición crítica y Traducción de *Paseos por España (1849 y 1850)* de Josephine de Brinckmann. Madrid: Cátedra.
- ECHEVERRÍA, E. 1995. *Andalucía y las viajeras francesas en el siglo XIX*. Málaga: Publicaciones de la Universidad.
- FARINELLI, A. 1921-1930. *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Madrid: Junta para la ampliación de estudios e investigaciones científicas, Centro de Estudios Históricos.
- FARINELLI, A. 1936. "Le romantisme en Espagne". *Revue de Littérature Comparée*, Extrait du fascicule 64, París.
- FOULCHÉ-DESBOSC, R. 1896. *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. París: H. Welter.
- GARCÍA DE ROMERAL, C. 1999. *Bio-Bibliografía de viajeros por España y Portugal (Siglo XIX)*. Madrid: Ollero y Ramos.
- LORENZ, O. 1967-1888. *Catalogue général de la librairie française*. París: Hachette.
- MAJALA, J. 1996. *Viajeros extranjeros por España. Siglo XIX*. Madrid: CEGAL.
- MICHENER, J. A. 1968. *Iberia: Spanish Travels and reflections*. Nueva York: Random House.